

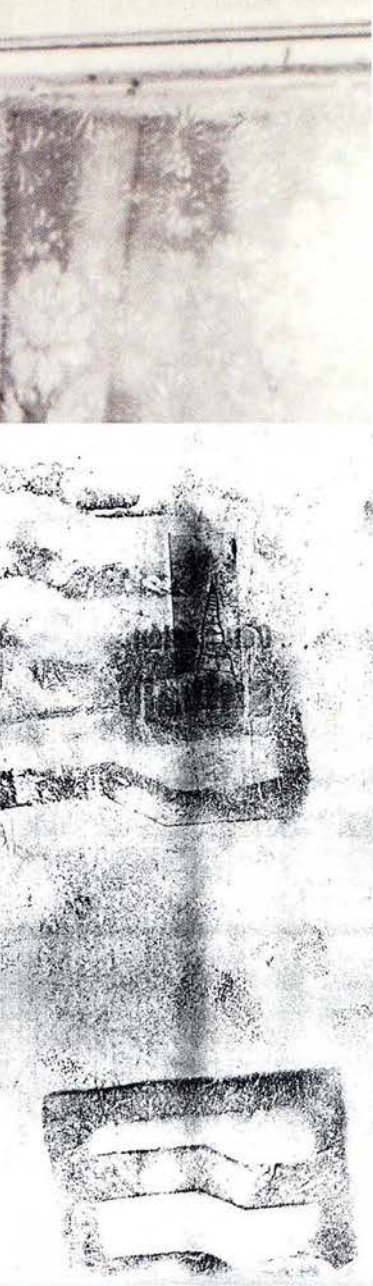


Generación salvaje.

Por Guillem Balagué
Fotos Víctor Barberena



Generación salvaje



Los años de individualismo feroz dan sus frutos. Unos frutos igualmente feroces y brutales que en la Gran Bretaña tienen forma de niño. El Thatcherismo de los ochenta recoge hoy la cosecha del odio. Familias rotas, desempleo, disolución de la vida en común... Gran Bretaña cierra los ojos y se horroriza. Una generación salvaje ocupa sus calles.

Por **GUILLEM BALAGUÉ**
Fotografía **VÍCTOR BARBERENA**

Si alguien pasea por las calles de Liverpool en bicicleta, se convierte automáticamente en una diana. Una piedra en las ruedas son dos puntos; en la pierna, tres; y en el ojo, si le das en el ojo, ese día eres un jodido héroe. Lo ideal es usar de base un pequeño collado cerca de la carretera: es fácil esconderse y la bajada da carrerilla en caso de que haya que salir por patas. Imagina que tiras una piedra. Imagina que le das al ciclista. Imagina que el ciclista se baja de la bici y te persigue porque te ha visto. Es buena idea estar cerca de casa. Las casas sirven

para esconderse y los padres para bloquear la furia del tipo apedreado. Total, que al señor no le quedará mas remedio que regresar por donde ha venido. Y entonces descubrirá -hoy, desde luego, no es su día- que su bicicleta ha desaparecido. Alguien -a mi no me mires, yo no he sido- se la ha llevado.

“¿Conmigo quieres hablar? ¿Por qué? Si yo no he hecho nada”. Chris me mira con una sonrisa traviesa. Una vez intentó hacerme este juego, el de la bicicleta, uno de los más antiguos en las calles de Liverpool. Pero un par de transeúntes detuvieron a los ladrones que, por una de esas casualidades de la vida, eran amigos de Chris. Los tres no levantaban un palmo del suelo. Los tres tenían 10 años.

Los tres habían aprendido el truco hace ya tiempo. Yo, sin duda, no era el primero que caía. Al poco tiempo, Chris dejó de ser un criajo mamón y un malcriado - otro más- para convertirse en vecino. Y cuando le pedí explicaciones, más con intención sociológica que por tomarme el desquite, me miró sonriendo: "Pero si yo no he hecho nada", me dijo.

Y es que, hasta cierto punto, tiene razón. Chris no ha hecho nada especial a sus 10 años -"casi once", apunta-, nada que le distinga de un ejército de niños británicos que ha declarado la guerra al mundo. Y lógicamente no entiende mi interés por su pasado. Es decir: bueno, sí, ha tirado alguna que otra silla a algún que otro compañero en clase y, cuando los profes se meten con él, el chaval los insulta. Qué menos. Vale, un día tiró piedras desde la calle a su propio colegio que le acababa de expulsar por enésima vez. O sea, admite que ha gritado "venid aquí que os parto los huevos" a sus profesores y a los encargados de la seguridad de su escuela -una profesión en alza- y les ha dado de vez en cuando el más agresivo de los besos, aquél que se da con la frente y se recibe en la nariz. Cuando se enfada, destroza con manos de ira sus libros y se marcha de la clase, y si alguien le dice algo, el joven le grita con los ojos achinados y los dientes apretados un amenazante "cállate la boca, gilipollas". Pero nada más.

El año pasado, la escuela quiso expulsar a Chris porque había intentado robar dinero del bolso de una de las maestras. Su madre Rita, una mujer de carácter y en el paro como su marido, irrumpió indignada en una clase y le pegó tal tortazo a la rigurosa maestra que se le quitaron las ganas de volver a meterse con su hijo. Y de darle clases, ya puestos. Al final, al chaval le echaron del colegio, uno más de los 15.000 menores de 13 años que son expulsados cada año de las escuelas inglesas.

Ahora, al margen de recibir 4 horas semanales de clases particulares. Chris esnifa coca, escupe a los conductores de autobuses, roba lápices y pastelitos por aburrimiento y radios de coche por dinero. Un tipo mayor anda detrás suyo y de sus amigos para convertirlos en miembros de su banda porque tienen la mejor

edad para cometer crímenes: son los únicos que caben a través de las ventanas o de los agujeros pequeños y, además, a ellos no les pueden meter en la cárcel. A ningún legislador se le había ocurrido que alguien, a una edad tan temprana, pudiera violar, robar, asaltar y matar.

Jon y Robert, de diez años, tenían también un día por delante. Ambos habían sido expulsados del colegio, así que se fueron a dar una vuelta por un centro comercial de Liverpool y se llevaron sin permiso un boli, pilas, un bote de pintura, una pasta, un soldado de juguete, un tubo de cola, una pelota, una banana, una barra de chocolate, un yogourt, golosinas y una docena de cosas más. Entre ellas, un niño de dos años, James. Camino de unos raíles de tren cercanos, le pegaron en la cabeza porque lloraba. Al llegar a un descampado, le desnudaron, le esparcieron la pintura encima, le pusieron las pilas por el ano y le golpearon con ladrillos. Como no acababa de morir, le



dieron con una barra de hierro.

Se equivocaron los que consideran al asesinato del pequeño James Bulger, un día de febrero de 1993, como un hecho extraordinario, y no quieren sacar conclusiones generales, escondidos bajo conceptos tranquilizadores como 'diablos', 'monstruos' o 'enfermos'. Jon y Robert son hijos de su tiempo y pertenecen a una generación salvaje, protagonistas de una real *Naranja mecánica*, creados bajo la supervisión -o falta de ella- de sus adultos, los Franksteins que les dieron vida. Niños que viven una adolescencia estéril y artificialmente extendida, en la que sus referencias sociales proceden de películas violentas, música violenta y bandas violentas, mecanismos de iniciación a la adolescencia que sustituyen a otros del pasado, como la mili, el trabajo o los centros cívicos. Jon y Robert no sólo mataron a James, sino que también dieron



fin a la idea de la infancia inocente.

¿Qué está pasando en el Reino Unido? El 26% de todos los delincuentes tienen de 10 a 17 años. El crimen violento, los robos y los asaltos relacionados con droga cometidos por niños de 10 a 13 años se ha doblado en los últimos siete años y eso le está costando 8 millones anuales al contribuidor británico. Para sorpresa de muchos, el problema ya no es sólo masculino. La delincuencia violenta cometida por chicas de 10 a 13 años ha crecido un 25% desde 1973, y uno de cada cinco incidentes violentos contra mujeres es cometido por un miembro de su propio sexo.

La sociedad británica se está desintegrando delante de nuestros ojos. Psicólogos, jueces y educadores están de acuerdo en el palpable incremento de la agresividad en la infancia, pero nadie coincide en los motivos: ¿el aumento de la pobreza, el mayor número de madres solteras, el fácil acceso a las drogas y a los vídeos violentos?

"Unos años atrás, lo normal era que algún crío robara algo, le pillaran y apareciera con sus padres en los tribunales avergonzado. A ese ya no le volvíamos a ver", comenta Josephine Gibney, una juez de Liverpool. "Hoy, los niños son crueles. Es increíble, es como una película de horror". La visión pesimista está justificada. "Hay un grupo muy violento que anda

detrás de casi todos los crímenes. Algunos de ellos tienen 10 y 11 años, y no son muy distintos del resto de sus amistades, simplemente parecen ser los más atrevidos", explica Gibney que dejó su cargo en los juzgados hace cuatro meses. "Me sentía desinflada, sin fuerzas. El tema se nos está escapando de las manos". Por la misma razón, por esa misma impotencia, profesores, jueces y policías están abandonando también sus cargos.

En los últimos dos años, el gobierno británico se ha empeñado en insistir en que el incremento de la delincuencia infantil no tiene nada que ver con la recesión de principios de los 90. El primer ministro, John Major, cree que es inútil buscar las causas del crimen en la socie-

dad. La familia es la gran responsable, asegura, y especialmente el "socialismo", es decir, el Estado del Bienestar. Esta hostilidad al mayor fruto del gobierno laborista de post-guerra se cristaliza en el ataque a la madre soltera, una mujer dependiente de los subsidios estatales, acusada por ministros *tories* de ser un parásito social y de quedarse embarazada para ganar prioridad sobre las familias pobres en la obtención de apartamentos y otras ayudas del Estado.

Ciertamente, en muchos casos los hijos de madres solteras aprenden normas y comportamientos antisociales de los que le rodean. En el tipo de barrio en el que se ven obligadas a vivir estas mujeres, no escasean los modelos masculinos y femeninos a imitar, pero hay un exceso del tipo equivocado. En un país latino, a falta de padre, siempre está presente el abuelo o el tío, convirtiendo a la familia en colchón protector. En Inglaterra, menos dados al contacto entre generaciones, la figura del padre puede ser fácilmente sustituida por un vecino alcohólico, por un ladrón o por un hombre violento. En todo caso, aunque no hay un solo dato que demuestre la relación entre madres solteras y el crimen de sus hijos, es curioso que los miembros menos privilegiados sean culpados de las enfermedades sociales por los gobernantes. Y todo por no querer poner el dedo en la ver-



**...Y todo por no
querer poner el dedo
en la verdadera
llaga: el capitalismo
salvaje**

dadera llaga: la economía de mercado.

“La generación salvaje son los hijos de Thatcher, aquellos niños de 14 años, nacidos durante la defensa del individualismo agresivo que caracterizó a la Dama de Hierro. Thatcher llegó a decir que la sociedad no existía. Estos críos son más agresivos que sus predecesores porque muchos han crecido en casas violentas, con familias numerosas, de pocos ingresos, o están siendo educados por una madre soltera con medios escasos”, dice el psicólogo Oliver James.

En los 90, toda una generación ha crecido simultáneamente a los nefastos efectos del keynesianismo y ya no considera sus desigualdades como un producto de las leyes naturales del mercado, sino como el fracaso de la política gubernamental. El paro y la pobreza no son explicados como desastres naturales, sino como injusticias. Los valores inculcados desde el partido conservador contradicen las experiencias de los jóvenes y, como consecuencia de esta cultura de ganadores y perdedores, el grupo social con más carencias recurre a menudo a la violencia física.

Y es que la exhortación a salir y descubrir el valor de cada cual en el mercado no sirve de mucho cuando no hay un mercado en el que descubrirse. Y los valores del individualismo mercantil no están a mucha distancia de los valores de un niño que roba el apartamento del vecino o del que coge prestado el Porsche aparcado en la esquina de la calle elegante a pocos metros de su barrio maloliente.

Además, los medios de comunicación muestran una procesión diaria de triunfadores y nos recuerdan continuamente los beneficios de sus éxitos, olvidándose cotidianamente de los menos afortunados. Las imágenes positivas de los logros consumistas, más que las fantasías escapistas de los vídeos violentos, son las que engendran una mayor sensación de pérdida entre los pobres.

La desigualdad en el Reino Unido es la mayor de los países de la Europa del Norte, pero las diferencias ya no se ocultan, sino que se hace ostentación públi-



ca de ellas: el hombre de negocios corrupto recibe una sentencia mínima, el pariente de un hombre de poder consigue hacer una fortuna de la noche a la mañana, el político miente con el más inocente de sus rostros. El guión social según el cual el mercado provee a todos no mantiene unida a la sociedad sino que la alienta a caer sobre su propio peso.

Muchos de los factores que, según algunos, conducen a la delincuencia, en realidad son un producto de los problemas causados por la pobreza. No son los pecados del pasado los que provocan malos resultados escolares, sino la realización por parte de los críos de 10 y 11 años de que el futuro no tiene mucho que ofrecerles.

“**M**ira algunos de los cochazos que pasan por el barrio”, me dice Chris. “Yo quiero tener uno de esos. Y me gustaría comprar mejores ropas y comer mejor. Nos aburrirnos y, aunque haya cosas que hacer, se necesita dinero para hacerlas y el Estado no les da mucho a mis padres. Cuando deje la escuela, lo único que me espera es el paro y los cheques estatales. Siempre es más divertido robar coches que ir a clase, especialmente cuando sabes que nadie te va a pillar”. Chris no sabe las cifras, pero las intuye: tan sólo el 3 % de los delincuentes menores de 15 años acaban en los juzgados o fichados por la policía, y el paro en barrios como el suyo puede alcanzar el 40 %. Las buenas notas en el cole no tienen significado si no sirven de nada para el futuro de los pupilos.

Las expulsiones y el absentismo escolar tienen una relación estrecha con la delincuencia, y ambos están asociados con la pobreza familiar. Eso es cierto. Pero no tiene sentido dar a entender, como hace el gobierno *tory*, que hay una línea de causa-efecto que va desde la familia a los resultados escolares y, de ahí, a la criminalidad. Porque es la pobreza creada por la sociedad la que domina el pasado y el futuro de los niños.

El gobierno conservador, elegido en 1979 con un programa de ley y orden destinado a detener el crimen de una vez por todas, ha empeorado la situación y se enfrenta ahora a un crecimiento sin precedentes del crimen en general, y no sólo el infantil. Su respuesta a este fracaso ha consistido en intentar disociar su política de la ola de delincuencia, mientras apoyan el crecimiento económico en la reducción del Estado del Bienestar y en una mayor flexibilización laboral. Este distanciamiento entre crimen y política ha provocado que, de vez en cuando, aparezcan nuevas teorías que pretenden explicar lo que está ocurriendo. Así, el declive de la religión, el uso de las drogas, los programas violentos de televisión, el descuido de los ciudadanos respecto a sus propiedades, las sentencias blandas y otras han sido evocados. La iglesia, los medios de comunicación, la policía, el público... Todos han sido acusados. Todos excepto el Gobierno.

La negación de responsabilidades gubernativas ha provocado unas políticas uniformes pero injustas. Reducir los escasísimos subsidios para madres solteras (unas 40.000 pesetas mensuales), crear unidades especiales para niños criminales, endurecer las condiciones en las prisiones: todas ellas son medidas que proporcionarán consuelo para los que busquen cabezas de turco. Pero no conseguirán cambiar en una sola milésima el nivel de la delincuencia causada por los niños británicos*.

*Resultados de un estudio elaborado por ICM para el diario The Guardian (mayo, 1996).